

## De la gran guerra

Los germanófilos—esa carroña moral que en nuestra patria se cría en las sacristías—están contentos y satisfechos de la vida, por el avance alemán en el frente oriental. Hay que tener en cuenta que los germanófilos siempre ha estado contentos desde el principio de la guerra. En los primeros meses de lucha, cuando el ejército alemán perpetró la invasión de Bélgica, escribiendo una página de martirios y vergüenzas, creyeron que aquellos éxitos militares eran definitivos. Todo era optimismo, entonces, para nuestros buenos germanófilos. Poseedora Alemania de la mayor parte de Bélgica, era inminente la derrota de Inglaterra, que se veía amenszada constantemente por las excursiones de los *zeppelins*, que impondrían pavor y sobresalto en todos los hogares ingleses. Pero pasaron algunos meses, y lo que nuestros germanófilos creyeron definitivo, resultó tan sólo un episodio de escasa trascendencia para el final de la campaña guerrera. Igual optimismo anima ahora a los germanófilos. Dueños los alemanes de gran parte de Rumania,—según nuestros germanófilos—los aliados se verán obligados a capitular y perder todas sus esperanzas en la campaña de los Balkanes. Pero pasará tiempo—un mes, dos, un año tal vez—y entonces se convencerán nuestros germanófilos de que, para el resultado de esta guerra, no tiene una importancia definitiva los éxitos militares de las tropas germánicas.

Somos hombres de fe, y la que tenemos en el triunfo de los aliados es absoluta. Cuanto más extiendan los alemanes su frente guerrero, mayor será el desgaste de sus energías, mas pronto se agotarán sus recursos y menos la resistencia que puedan oponer al avance definitivo de las tropas victoriosas de la Libertad...

Inglaterra ha sufrido ahora una modificación trascendental en su política. Lloyd George, el hombre de la guerra hasta el fin—*until the victory*,—se ha encargado de la dirección del gobierno. El antiguo demagogo, temido por los conservadores y los plutócratas, es hoy el hombre representativo de toda la ciudadanía inglesa. Lloyd George ha formado un gobierno de energía y de tenacidad. Su elevación a la categoría de primer ministro es un motivo para que se robustezca nuestra ya consistente esperanza en el triunfo de las naciones del Acuerdo.

También Francia y Rusia han introducido algunas modificaciones en sus gobiernos.

Hemos de tener en cuenta que todos estos cambios obedecen a una necesidad de eliminar de la dirección de la política aliada a quienes no se muestran con la suficiente energía para adoptar medidas decisivas. Francia y hasta Rusia, la representante del absolutismo antes de la guerra, para elegir sus ministros se fijan tan sólo en el interés patrio. Allí han desaparecido las camarillas palaciegas, que elevan a las poltronas ministeriales a ambiciosos vulgares.

Todo el mundo sufre las consecuencias de la gran guerra. España atraviesa unos momentos de angustia y desesperación. ¿Estaríamos peor de lo que estamos si hubiéramos intervenido bélicamente en la tragedia europea?

A.P.C.E.  
SIG.: 1.2a/436

1.2a/436  
A.P.C.E.  
SIG.: 1.2a/436